

Historia de la odontología

Segunda parte

Autor: C.D. Enrique Guzmán Bravo
Ortodoncista egresado de la Universidad Intercontinental.

En Roma, la medicina como profesión se consideraba por debajo de la dignidad del ciudadano romano, por lo que era ejercida por los médicos ambulantes griegos y esclavos. No obstante, dentro de la cultura de todo caballero bien educado estaba adquirir conocimientos relacionados con el arte de curar. Hacia el año 31 a. C. ya existía una legislación para la profesión médica. Fue Augustus quien otorgó los primeros certificados para el ejercicio de la profesión. Por su parte, Septimus Severo sometió a examen a los aspirantes al título de médico, en tanto que su hermano creó la cátedra pública para el estudio de la medicina. En el 230 a. C. Julio César concedió el derecho de ciudadanía a los que ejercían la medicina, quienes estaban dispensados de pagar impuestos luego de que Augustus fuera objeto de una cura feliz.

Durante el cristianismo romano se fundó el primer hospital de caridad, pues los romanos paganos no creían en la necesidad de dar cuidados medicinales al indigente. Galeno enseñó sobre el trato que se debe dar a los pacientes (de manera correcta y cariñosa). Tras su muerte, la medicina sufrió un retroceso, pululando charlatanes sacamuelas y adivinos vendedores de drogas.

Los primeros odontólogos eran, pues, médicos generales que ejercían la práctica dentaria y hacían extracciones. Durante los primeros siglos de nuestra era se empezó a conformar un plan de estudios que comprendía anatomía, fisiología, farmacología, patología y terapéutica. En el año 200, Septimus Severo introdujo un examen. Años más tarde, Alejandro Severo hizo de los médicos empleados oficiales y fundó una caja de auxilio para estudiantes pobres pero aplicados.

Durante su legislación, Valentiniano puso a los estudiantes bajo la vigilancia de los prefectos y estableció penas para los tumultuosos, desde amonestaciones en público hasta flagelaciones y expulsiones de Roma. Tiempo después se decretó que los estudiantes presentaran un certificado de conducta expedido por la policía de su ciudad. Asimismo, se prohibía a los estudiantes pertenecer a asociaciones clandestinas, lupanares y francachelas. El que no seguía estos preceptos era excluido de todo estudio. Además, al

cumplir los 20 años los jóvenes debían haber terminado sus estudios.

En el siglo IV, la atención médica estaba destinada a los ricos; no era obligatorio auxiliar a los pobres, y menos gratuitamente. En el año 370, el eclesiástico Basilio *El Grande* fundó en Cesarea el primer hospital, con el actual concepto de la palabra. Durante los primeros siglos las ciencias evolucionaron poco, a tal punto que al llegar la decadencia del Imperio Romano no había ningún médico destacado. Esta caída originó la difusión de la academia en territorio occidental, Bizancio y Asia Menor, donde los árabes la aprovecharían después del siglo VII, cuando las leyes visigodas hicieron alusión a los sangradores que practicaban el arte dental, que en su tiempo era menospreciado por los médicos.

Un siglo antes de la caída del Imperio Romano, la capital se trasladó a la ciudad de Bizancio o Constantinopla. Con el florecimiento del cristianismo la ciencia quedó de lado. La mente puesta en el cielo en espera de milagros y la esperanza en la ayuda de Dios para sobrellevar esta época de transición no daba lugar a la ciencia, ni siquiera para la medicina y la odontología que Hipócrates y Galeno habían practicado; la fe, la esperanza y las oraciones habían sustituido a la ciencia. La civilización tomó dos caminos: Oriente y Occidente. Lo mismo sucedió con la

medicina, disciplina que optó por dos caminos opuestos; en el primero, la medicina del Imperio Bizantino y Árabe, a donde pronto llegaron las hordas conquistadoras, y en el segundo, la occidental, donde esta ciencia retrocedió a una forma primitiva.

Con el cristianismo se cambió la superstición por la adoración de los santos y mártires, pues cada uno de ellos curaba una enfermedad distinta. Así, para el dolor dentario la patrona era santa Apolonia. Se decía que sus restos tenían poderes mágicos. Su leyenda cuenta que en el siglo III, año 248, hubo en Alejandría en época del emperador Filipo, *El Árabe*, una gran persecución contra los cristianos; entre los que no habían huido se encontraba una mujer de nombre Polonia o Apolinia, quien fue azotada y a la que le quebraron todos los dientes con una piedra. Con la misma le golpearon la cara y fue amenazada con ser quemada viva por la serenidad que conservaba pese a los sufrimientos que padeció. En la Edad Media fue santificada por la Iglesia Católica, como panacea para los dolores de dientes y muelas y como patrona de los que se dedicaban a curar tales males. Se instituyó el 9 de febrero como su día en iglesias como las de Roma, Nápoles y otras. La adoración de las reliquias de santa Apolonia duró muchos siglos en la Edad Media.

El arte y la ciencia tuvieron su único refugio en la Iglesia durante los primeros 500 años después de la destrucción del Imperio Romano y desde entonces en Europa es posible seguir el rastro de la medicina y la odontología en el mundo de los monasterios. Desde el siglo VI hasta el XIII los monjes ejercieron la medicina. El tratamiento de los enfermos era reservado a los monjes llamados *Celeraris* y consistía en una psicoterapia de tipo afectuoso, pomadas que sanaban, bálsamos que mitigaban los dolores y bebidas de plantas que cultivaban en los jardines de los monasterios, aunque también hacían baños y curaciones. Esta terapéutica recordaba las curaciones de contacto de Cristo y sus discípulos y consideraba la medicina como un arte santo para los monjes. De ahí que quien la ejercía debía tener un *buen contacto con Dios*. Esta influencia de la Iglesia era tal, que según el Concilio de Tolosa, de 1429, y el de París del mismo año, luego el de Letrán y, finalmente, la Bula de Pío V, se prohibía a los que ejercían la medicina hacer más de tres visitas a un paciente si éste no se había confesado desde el comienzo de su enfermedad.

Hacia el siglo XI apareció lo que significó un eslabón entre la medicina antigua y la moderna, la escuela de Salerno, que con el tiempo se convirtió en una universidad con dos facultades: medicina y jurisprudencia. Los benedictinos tenían allí un monasterio, junto al cual se fundó luego un hospital, lo que cerraba la brecha entre la Iglesia y la medicina. La escuela de Salerno floreció durante los siglos XI y XII y fue renombrado lugar de salud y estudio. Los guerreros heridos en las Cruzadas iban allí a recuperar la salud. Esta escuela fue favorecida por Federico II, quien en 1240 estableció que los médicos debían tener certificado de los maestros de la escuela de Salerno. En dicha institución también podían estudiar las mujeres para prepararse como enfermeras.

La primera obra producida en la Edad Media (1170) fue la de Salerno, titulada *Cirugia*, cuyo autor fue el magister Rogerius o Roger de Palermo y que tuvo difusión en toda Europa. Allí se describieron métodos contra los dolores dentales y normas generales: no se puede extraer el diente antes de que éste sea móvil (flojo en el alvéolo), pues se pueden producir líquidos o humores nocivos para el organismo y el cerebro. En esos tiempos se usaban medicamentos en las cavidades y las recubrían con cera; para la limpieza de los dientes se echaba mano de la piedra pómez.

Tras el ejemplo de Salerno se fundaron otras universidades en Francia e Italia. Las más antiguas fueron las de Bologna, Padua, Montpellier y París, a las que concurrían los estudiantes del centro y norte de Europa. La escuela de París tuvo su florecimiento en el siglo XIII, cuyos representantes más sobresalientes fueron Roger Bacon, Alberto Magno y Santo Tomás de Aquino. La universidad de Oxford se creó en el siglo XII y Cambridge en el siglo XIII. Ya para el siglo XV Italia contaba con 16.

En ese tiempo aparecieron varios escritos, entre otros *Speculum triplex*, de Vicente Beauvais, maestro de la corte de Luis IX, quien describió los abscesos fríos y calientes. Creía que el diente era un hueso masivo que sentía por los nervios cercanos a él y no porque tuviera un nervio propio. Además, describió ciertas plantas para fortificar las encías, y para la pulpitis recomendaba rosas, salvia, ortiga y cebollas para masticar o para enjuagues y, en ciertos casos, para poner en las cavidades de los dientes cariados. ▶

Scotus, traductor de la corte de Federico II, en la obra *De secretis naturae* hablaba de una relación entre la posición y características de los dientes y la personalidad de un individuo. Al respecto decía: “dientes pequeños, débiles, mal desarrollados y con diastemas revelan una persona débil, pero de buenas cualidades morales y sentimientos tiernos, buen corazón, respetuoso de la ley, de buena fe, de poco valor y una persona muy manuable y poco longeva. La persona que tiene dientes muy iguales y parejos, fuertes y anchos, es muy sagaz, con buenas aptitudes, audaz, orgulloso, envidiado aunque irresoluto y dispendioso. El que tiene dientes largos y puntiagudos, fuertes y con una pequeña separación entre ellos, es una persona envidiada, amigo de la buena mesa, valeroso, aunque mentiroso, falso, desleal y suspicaz”.

Albert von Bollstet, conocido como Alberto Magno, oriundo de Alemania, doctor universalis y escritor de varios libros científicos y de la filosofía aristotélica es también autor de varios temas odontológicos en los que habla sobre la erupción dentaria. Alberto Magno consideraba que los dientes tenían el mismo origen que la piel y el pelo. Asimismo, compartió la idea de Galeno sobre los dientes respecto a que, como los huesos, permanecían durante toda la vida.

El primer cirujano en recomendar la extracción del diente dolorido fue Guillermo de Saliceto (1230-1280), quien aconsejó desprender la encía alrededor del diente y extraer con fórceps y limpiar la herida con mirra y vino. Fue un cirujano hábil, sentó las bases quirúrgicas para la extracción dentaria, dejando de lado los amuletos y el humo usados en la Edad Media. En Suecia, hacia el siglo XIII, se escribió el *Libro sobre medicina y plantas medicinales*, que citan autores como Aristóteles, Hipócrates, Dioscórides, Galeno, Constantinus Africanus, Roger de Salerno y Alberto Magno. Este trabajo contenía los conocimientos y recomendaciones médicas de entonces.

Sobre el ejercicio profesional, la legislación de la época medieval distinguía tres jerarquías médicas: el bachiller en medicina, que estudiaba cuatro años y ejercía en los pueblos y condados, pero no en las ciudades; el licenciado, que practicaba durante dos años al lado de un magíster; y el doctor en medicina, quien obtenía su título después de presentar una tesis y podía ejercer y enseñar en la ciudad.

Si para Europa la Edad Media fue oscuridad y retraso, para los árabes –que recibieron la herencia civilizadora de la antigüedad– fue progreso que irradió hacia Occidente.

La ciencia, la industria y el comercio florecieron en Arabia del año 600 al 1250. Los árabes tradujeron los libros griegos y romanos, y el contacto con otros pueblos los llevó de vivir en desiertos a asentarse en las ciudades a donde extendieron su dominio. Eran los tiempos de las mil y una noches, con sus mercaderes, califas, emires, príncipes y genios, en los que ya se hablaba de conocimientos médicos, religión, filosofía, astronomía y música. Las ciencias florecieron en Arabia y la medicina llegó a su máxima prosperidad durante la dinastía de los Omíyades, que rigieron los destinos de España desde el año 755 hasta el 1036. Se fundaron varias academias de medicina en el Califato de Córdoba, de las cuales las más sobresalientes fueron las de Córdoba, Granada, Toledo, Murcia y Sevilla. Allí se enseñaban rudimentos de odontología. Los químicos árabes descubrieron sustancias importantes como el alcohol, ácido sulfúrico y nítrico, nitrato de plata, benzol, alcanfor, nafta y bicloruro de mercurio, entre otros.

Los médicos más sobresalientes de la época fueron los persas. Destaca el filósofo Rhazis, quien recopiló conocimientos de la medicina griega, árabe e india. Ejemplo de ello es el *Estudio de las enfermedades de la boca*, en el que se habla sobre la extracción, a la que recurrían sólo en último extremo, debilitando antes las paredes con hierro candente. Rhazis realizaba sangrías para la encía en las periodontitis; confundió la caries de los huesos con la de los dientes e hizo obturaciones con una mezcla de masilla, alumbre y alcohol que endurecía lentamente. Aconsejaba prevenir las enfermedades de la boca evitando las comidas y bebidas ácidas y usando pastas y líquidos astringentes. Para curar la periodontitis usaba cebollas, pimienta, miel y aceite de rosas.

Posteriormente, Avicena, llamado *El príncipe de los médicos*, estudió la anatomía y fisiología dentarias, se preocupó por los dientes que salían en mala posición y escribió sobre úlceras, supuraciones y retracciones de la encía. Asimismo, explicó el alargamiento de los dientes que no tienen antagonista y la higiene oral (propuso las purgas y sangrías). Enseñó que en la cirugía debía usarse el cauterio en lugar del bisturí, y su único antiséptico contra la infección fue el fuego. ▶

Avicena no llevó a cabo la cirugía, pues la consideraba una práctica inferior a la medicina que debía ser realizada por personas de un rango social bajo. Esta concepción perduró en Europa por siglos, hasta el xvii y comienzos del xviii, por lo que la cirugía y la odontología quedaron relegadas a barberos, ayudantes de baños de vapor (costumbre tomada de los rusos, personas que también efectuaban cirugías pequeñas como abrir tumores, extraer uñas encarnadas y extraer dientes) y sacamuelas.

Albucasis, autor nacido cerca de Córdoba, escribió un tratado sobre cirugía, *El altarif*, que constaba de tres partes: la primera, sobre el tratamiento por cauterización e incisiones; la segunda, respecto a corte y extracciones; y la tercera, acerca de la fractura de los dientes. También describió el sarro blando y duro, que dividió en tres clases: el negro, el amarillo y el verde, los cuales ponían las raíces al descubierto; para removerlos recomendó raspadores especiales de hierro. Habló de reimplantación dentaria y aconsejó cauterizar después de retirar el éuplis, extraer los dientes mal implantados, fijar los dientes con hilos de plata u oro a los dientes inmediatos y remplazar los dientes ausentes por artificiales (fijándolos con hilos de oro a los vecinos). Albucasis también se refirió a la luxación de la articulación temporomaxilar y la fractura mandibular y su reducción, y notó el atraso de la cirugía en su país debido a que el Corán prohibía la disección de los muertos, por lo que el conocimiento de anatomía de los árabes se limitó a lo que Galeno había dejado escrito. A su muerte, el empirismo se apoderó de las ciencias médicas árabes, y fueron barberos y charlatanes quienes explotaban con engaños a la gente. Es notable la técnica operatoria de los médicos árabes, pues ubicaban la cabeza del paciente entre sus rodillas o lo acostaban en una mesa.

El esplendor de la medicina árabe, extendido en España, se debió en gran parte a los judíos, entre los que se debe citar a Maimónides, nacido en Córdoba. Astrónomo, teólogo, médico y filósofo, autor de *El libro de los aforismos médicos*, Maimónides aconsejaba, respecto a la caries, introducir un algodón impregnado de diferentes drogas, en tanto que para el daño de la pulpa prescribía su cauterización. Recomendó el uso de fórceps para la extracción y habló de enfermedades de la mucosa bucal y de la lengua.

Se distinguían quienes ejercían la medicina –que también debían tener locales para baños calientes, cortar caballos y practicar los tratamientos más simples– y traba-

aban en asuntos quirúrgicos. Igualmente, los sacerdotes proclamaban que no era el medicamento sino la religión la que sanaba con bendiciones, signos de la cruz o maldiciones. Estos protomédicos cortaban la barba y realizaban sangrías; poco a poco tuvieron bajo su dominio todas las cirugías menores. Algunos de los libros que consultaban eran compilaciones de los libros griegos, romanos y árabes (Hipócrates, Aristóteles, Galeno, Avicena y otros). La odontología que se practicaba tenía como fin aliviar el dolor dentario, para lo cual se utilizaban varias recetas: harina, sal, pimienta, jengibre, piedra quemada.

Para realizar sangrías se usaban sanguijuelas, poniéndolas sobre las sienas o la lengua. Si estos métodos no daban resultado, se ayudaban con la religión o la magia. Algunas recetas contenían miel, alumbre y vino para tratar enfermedades como la caries, gingivitis o piorrea; la limpieza de los dientes se llevaba a cabo en la mañana con polvos especiales para ello. Henrik Harpestrng fue el más célebre médico (canónico) de los países nórdicos. Autor de temas sobre plantas medicinales, piedras preciosas y dietas para los dolores dentales, Henrik hacía consultas en traducciones de las obras de Hipócrates, Galeno y la escuela de Salerno.

Para comprender acertadamente la época medieval es necesario remontarse al panorama religioso, científico y de deterioro social. Desde entonces el cristianismo promulgaba que la enfermedad y el dolor acercan a Dios y que quien sufre es un ser privilegiado. La Iglesia se encargó de la salud, oponiéndose a los deleites corrompidos de los paganos y a la idea de la limpieza. De modo que la suciedad y la promiscuidad significaban apartarse del mundo y sus tentaciones para conservar la pureza del espíritu.

La limpieza era considerada por la Iglesia como amor al lujo y a las aficiones mundanas. No existían baños en las casas, ni alcantarillado en las calles, que además se encontraban llenas de basura. La gente comía con las manos y un cuchillo, pues no había tenedores. Las sobras iban al piso para que se alimentaran los animales domésticos. De ahí que las epidemias y la peste reinaron por siglos. No se utilizaba ropa interior ni sábanas y sólo los ricos usaban camas. Pululaban los piojos y las pulgas entre pobres y ricos. En la Edad Media, los dientes eran invaluable, por lo que se consideraba un sacrilegio quitar uno de ellos.

Durante esta época, llamada el oscurantismo, la mayor contribución cultural fue la fundación de las universi-

dades y las escuelas monásticas, donde se enseñaba que las enfermedades eran obra de la cólera de Dios y, por lo tanto, había que librarse de ellas mediante la oración y la penitencia, filosofía similar a la de los pueblos primitivos (fundamentada en la magia y la hechicería). Por ello, desde la caída del Imperio Romano hasta el siglo XIV no hubo en Occidente ningún progreso científico importante.

Desde finales del siglo XIV hasta comienzos del XV surgió una reacción contra la miseria humana y se exaltó nuevamente lo bello y lo grandioso de las culturas griega y romana, lo cual abrió paso a ideas distintas a las de la Europa medieval. En este *renacimiento* la humanidad se lanzó a gozar de los placeres terrenales, de tal manera que se llegó a una depravación extrema. La sociedad se burlaba de la religión, no existía el concepto de pecado y el ideal supremo era la libertad de los instintos naturales que desarrollaran la personalidad.

En esta época la medicina y la odontología progresaron muy poco. Apareció Andrés Vesalios, anatomista flamenco y médico de Carlos I y Felipe II, quien con sus conceptos revolucionarios contradujo a Galeno. Vesalios publicó su obra *Fabrica*, sobre anatomía, considerada el primer tratado científico en la historia de la medicina. Él determinó que los dientes temporales eran gérmenes de los permanentes. Se considera el precursor de los métodos quirúrgicos modernos.

Hacia el siglo XVI, en los comienzos de la edad moderna, Gutenberg –con la invención de la imprenta– marcó una diferencia en la forma de tener acceso al conocimiento. Se escribieron varios libros de medicina sobre el tratamiento de los dientes. El primero de ellos fue escrito en Alemania y editado en Nuremberg (en 1509) y otro en Leipzig, en 1530. Este último se tituló *Pequeño libro médico sobre todas las enfermedades y dientes rotos*; tuvo gran éxito y se hicieron varias ediciones. Años después apareció el primer libro de odontología en español, a cargo del doctor Francisco Martínez de Castrillo de Onielo, quien describió técnicas para el tratamiento de la estomatitis y técnicas de extracción e instrumentos de la época.

A mediados del siglo XVI, Gualtrio H. Riccius, de Estrasburgo, preparó el primer libro original en alemán sobre *Los medios de conservar la boca, los dientes y las encías limpias y frescas y en buen estado*. Incluyó ilustraciones sobre el instrumental y estudió la relación entre las afec-

ciones dentales y oculares. Bartolomé Eustaquio, profesor en Roma, describió número y variedades de los dientes y la diferencia entre temporales y permanentes, así como la forma de implantarse en el maxilar. También explicó lo referente al ligamento periodontal y al cemento de los dientes.

Ambrosio Paré, nacido en Francia, realizó estudios de medicina y odontología, ligó arterias y venas en las amputaciones y estudió el número de dientes en los niños y el número de raíces de los dientes. Habló de implantaciones dentarias, diferenció pulpitis de periodontitis y aconsejó el ajo caliente y el aceite de clavo para los dolores dentarios. Para matar los gusanos de las caries empleó el ácido sulfúrico y el cauterio.

Marco Aurelio Severino, de Nápoles, solía recomendar las incisiones para la erupción difícil del tercer molar. Por su parte, Juan Andrea Della Croce describió cirugías e instrumentos y aconsejaba abrir las fístulas para drenar la pus. Peters von Forest indicaba que no se debían comer dulces, ya que eran nocivos para los dientes, y expuso sus ideas sobre inflamaciones debido al uso de prótesis y dientes artificiales. Girolamo Fabricio, profesor de Padua, planteó la cirugía para tratar trismus, tratamientos para las caries, extracciones de dientes móviles y dolorosos, orificaciones y limado de los dientes largos. Frabrizio de Acquapendente dio el nombre, en 1570, a los instrumentos utilizados en la época, como fórceps, de acuerdo a su semejanza con los picos de animales y se refirió a obturaciones hechas con oro. A finales del siglo XVI, Miguel Martínez de Leyva escribió la obra *Arte de sacar los dientes*; ejerció la cirugía en Sevilla y fue célebre por una habilidad tal que se dice que extraía los dientes con los dedos. El primer cepillo de dientes se creó en China; en 1640 se introdujo a Europa pero sólo era utilizado por la realeza. A partir del siglo XIX se convirtió en el método de higiene oral más usado.

Para entonces apareció en Francia el Colegio de Cirujanos de Saint Come, al que tenían acceso los cirujanos letrados, pero difícilmente los barberos, que sabían de anatomía y cirugía. Éstos se interesaron en perfeccionar sus conocimientos, aunque fueron menospreciados. Entre ellos existían categorías, algunos sólo podían cortar cabello, afeitar y aplicar ventosas; los *cirujanos de capa corta* extraían los dientes y los *cirujanos de capa larga* o maes- ▶

tros cirujanos trataban a las personas de alcurnia y nobles. A esta clase pertenecía el anteriormente citado Ambrosio Paré, cirujano en las guerras y autor famoso, médico de reyes y príncipes.

En la profesión médica existía cierta jerarquía. En primer plano estaba el médico, en segundo el cirujano y al último el dentista, quien ocupaba ese lugar pues no conocía el latín. Sin embargo, la odontología ya era una especialidad. En la época de los Reyes Católicos se exigía un examen de capacitación profesional para ejercer legalmente el oficio de sacar los dientes, y aunque muchos practicaban esta especialidad al aire libre en ferias y mercados, el progreso en la odontología fue paulatinamente tomando estatus hasta llegar a los hospitales, junto al trabajo de algunos médicos y cirujanos interesados en la labor odontológica.

En París, sobresalieron los charlatanes que gustaban de ejercer en el Puente Nuevo, el más antiguo de los puentes sobre el Sena. Estos personajes eran, a su vez, bufones. Tales dentistas ambulantes recorrían ferias, o bien, ejercían en sus propios y rudimentarios consultorios. Hacia el siglo ^{xviii} se popularizó en Inglaterra la figura del *operador de dientes*, que era la persona especializada en extraer dientes y hacer dientes artificiales. La primera publicación en inglés sobre odontología tuvo tres ediciones, dos con el nombre de *El operador de dientes* y la tercera con el de *Curiosas observaciones de esa difícil parte de la cirugía relacionada con las operaciones a los dientes*, cuyo autor fue Charles Allen. A fines de este siglo y con la llegada de la información escrita, aparecieron publicados en los diarios avisos sobre los sitios y horas de atención al público.

Fabricius Hildanus, de Berna, explicó la infección focal y estableció relaciones de los dientes con otras partes del organismo. Asimismo, extirpó raíces dentarias afectadas con el fin de curar las fístulas y operó el épuilis. Lázaro Rivier, profesor de química en Montpellier, planteó el tratamiento del dolor dental introduciendo un algodón impregnado de algún medicamento en el oído, ya que, según él, las venas nutricias de los dientes atraviesan el oído. Para el manejo de hemorragias aconsejó hacer presión con una gasa compactada en el alvéolo por una o dos horas y el uso de astringentes; si esto no era efectivo, sugería utilizar un hierro candente.

Nicolás Pietres Tulf, de Amsterdam, fue un estudioso de la anatomía que habló sobre cohibir las hemorragias

llenando el alvéolo con esponjas. Falvi, por su parte, usó los términos de maloclusiones y hemorragias, en tanto que Crooke señaló que los dientes temporales se reabsorben. Juan Shulter, en su obra *Armamentarium quirurgicum*, describió los tipos de fórceps, de abre bocas e instrumentos de cirugía. Dupont recomendó la extracción cuando el dolor era muy fuerte para luego reimplantar el diente inmediatamente. Talps aconsejó tener cuidado con la erupción del tercer molar, pues, pensaba, hasta podía producir la muerte. Nathaniel Higmore descubrió el seno maxilar, cavidad que estaba llena de moco. Hofman tomó en cuenta la fosa canina para abordar oralmente el seno maxilar. Saviger hizo las mejores extracciones en Suiza y Flurimond escribió un tratado sobre higiene dental.

Iwes, oculista, estudió el drenaje de abscesos de piso de la órbita por el sitio de una extracción. Van Soelingen empleó un esmeril para limar los bordes cortantes de los dientes e inventó las fresas redondas para la perforación de los mismos. Matías Godofredo Purmann, médico de Breslau, en Polonia, tomó moldes de los maxilares en cera para realizar dientes artificiales de marfil y fijó las piezas con hilos de oro a los vecinos. De igual modo, trabajó en Alemania, donde existía la misma discriminación entre los médicos y los cirujanos; él mismo relata que no hacía extracciones sino que llamaba al dentista. Esto significa que en Alemania también había diferencia entre el dentista y el médico, y sólo hasta 1825 se reconoció a los dentistas como profesionales de la medicina.

Antonio Nuck, profesor y anatomista de Leyden, Holanda, habló sobre los instrumentos que debían adaptarse a la forma de los dientes, por lo que es considerado el precursor de las pinzas actuales. Recomendó no hacer extracción de canino superior o *diente del ojo* a mujeres embarazadas, pues podría dañar el ojo del feto. Pierre Dionis, en París, llevó a cabo obturaciones con plomo o cera para evitar que se llenaran de alimentos; más tarde lo hizo con oro y plata.

Antón Van Leeuwenhoek construyó el primer microscopio y estudió la estructura de los canaliculos dentinarios. Gracias a su descubrimiento pudo describir microorganismos que estaban presentes en el sarro y que serían la causa de las caries. En Suecia, pasado el dominio de la Iglesia, el rey Gustaf Vasa llamó a médicos extranjeros para mejorar el nivel científico de su país. El rey patrocinó ▶

los estudios en el extranjero a Benedictos Olai, autor de *Un libro útil del médico*, primera publicación editada en ese país con datos de odontología. Según Benedictos, la causa de los dolores de los dientes era la sangre caliente o fría (estudio de los humores según Galeno); recetó opio para los dolores de los dientes, vinagre y agua de rosas, y recomendó lavar las heridas con beleño, vinagre, alumbre, sal y mirra. También aconsejaba utilizar humo para los gusanos de las caries y hacía sangrías en determinadas fechas del mes para que éstas coincidieran con los astros y las estrellas. Para la movilidad dentaria hacía una mezcla de beleño, sal, cebolla blanca y miel; para aliviar las encías sangrantes las frotaba con polvos que contenían arsénico; y para la limpieza dentaria usaba cáscara de huevo, huesos de pescado, alumbre o astas de ciervo.

En 1663 se fundó en Suecia el Collegium Medicorum, el cual establecía que ningún médico podía ejercer sin rendir un examen. La medicina se enseñaba de manera independiente a la cirugía y a quienes la ejercían se les llamaba barberos. Esto llevó a que finalmente, hacia 1797, se unieran las especialidades y a que los médicos estudiaran cirugía y los cirujanos, medicina. De igual manera, a las personas conocidas como bañeros se les exigía sustentar sus conocimientos ante el médico local y debían estudiar anatomía, fisiología y cirugía. Además de estas categorías, se hallaban bajo el control del Collegium los operadores dedicados al arte y ciencia de la odontología.

Fue en el siglo XVIII cuando la odontología comenzó a ser una disciplina científica ligada a la medicina, pero restringida a los profesionales con preparación científica. En esa época los gobiernos limitaron el trabajo de charlatanes y el empirismo. En 1728, en Francia, apareció la obra titulada *Le chirurgien dentiste ou traité des dents*, de Pierre Fauchard (a quien se le ha llamado el padre de la odontología). Dicho texto fue traducido a varios idiomas y catalogado como el libro más completo de ese tiempo. Hoy es considerado una obra clásica que incluye todas las ramas de la odontología. Fauchard dedicó su tiempo a colaborar con el gobierno en la reglamentación de la profesión y a erradicar de la práctica a charlatanes, elevando la profesión a un estatus más digno.

Fauchard estudió en Saint Côme, donde obtuvo amplios conocimientos sobre anatomía y fisiología. En sus

cátedras hablaba de la anatomía de los dientes, de su forma y número, de la vascularización dental, de caries blanda y dura. Para la obturación de cavidades usó estaño en lugar de plomo, como era la usanza de su época, por la dificultad de conseguir el oro. Hizo referencia a las malas posiciones de los dientes: torcidos, mal alineados e inclinados y puso en práctica procedimientos ortodónticos con hilo, resortes y alambres. Asimismo, planteó el uso de bandas que se sujetaban a los dientes de anclaje y otros conceptos de ortodoncia. Para la confección de dientes artificiales utilizó dientes de animales y de humanos ligados a sus vecinos con hilos de plata. Fue el primero en construir prótesis sin apoyo palatino y habló del principio de sujeción para la retención de paladares superiores. Aconsejó el uso de cepillos de dientes primitivos y de algunas de sus fórmulas dentífricas más con el ánimo de tener buen aliento que de asegurar una higiene adecuada. Describió detalladamente instrumentos como las limas y fresas de mano y su modo de empleo, así como la forma de atender al paciente de acuerdo con la arcada y lugar de trabajo. Finalmente, Fauchard sugirió un asistente para ser ayudado. ∞

Referencias bibliográficas

1. Díaz de Kuri MV. *El nacimiento de una profesión. La odontología en el siglo XIX en México*. UNAM/CS, México, 1994.
2. Sanfilippo J. Historiografía de la odontología mexicana. En: *Boletín Mexicano de la Historia y Filosofía de la Medicina*. V. IX (58):1986.
3. Fernández del Castillo F. Historia de la medicina. Los primeros dentistas graduados en México el año de 1841. En: *El médico*, 1962; 12(3):60-67.
4. Rojo J. Odontología, historia. En: *Boletín de la Universidad Nacional de México*, 1917:67-714.
5. Zimbrón A, Feingold M. *Breve historia de la odontología en México*. UNAM, México, 1990.
6. Cuevas L, González RM, Rocha V. *La enseñanza de la odontología en la UNAM*, México, 1993.
7. Guerrero MR. *El boletín odontológico mexicano: una fuente para el estudio de la historia de la odontología en México. Tesis de maestría en metodología de la ciencia*, México PESTyC e IMI, 1996.
8. Lerman S. *Historia de la odontología y su ejercicio Legal*, Ed. Mundi, Buenos Aires, 1974.
9. Malvin ER. *Historia ilustrada de la odontología*, Ed. Doyma, Barcelona 1989.